

Recuerdos de Lima

Al señor doctor Celso G. Pastor, Ministro del Perú.

Bogotá, 28 de julio de 1926.

De cuantos lugares anhelábamos conocer de preferencia en la histórica ciudad de los Reyes de Lima, ninguno nos despertaran tan vivo interés y curiosidad como la Plaza de Armas; el Palacio Torre-Tagle; la Alameda de los Descalzos; el Convento de San Francisco; La Magdalena y el Santuario de Santa Rosa.

Los cuatro costados de la Plaza de Armas son toda una evocación de historia de América: la Catedral y la casa Arzobispal ocupan un costado; otro el Palacio de Gobierno y el resto es de clásicos *Portales* de las ciudades españolas. El día de la fundación de Lima (enero 18 de 1535), Pizarro mismo, en nombre de Carlos V, cargó el primer madero e inició la obra de los cimientos de la Iglesia Catedral, que ha venido a ser una de las más ricas y amplias de América por su arquitectura, el bellissimo coro de madera labrada, las muchas reliquias que conserva en sus altares, y por guardar en una de las capillas de la nave izquierda, en rica urna de plata, los restos del fundador de la ciudad.

El centro de la plaza, adornado con palmas tropicales, está ocupado por la magnífica pila de bronce instalada allí desde 1650, en el mismo sitio donde había existido la horca que el conquistador levantó para hacer la justicia que una situación de cruentas discordias civiles exigía. Aquella pila ha sido testigo mudo de todas las agitaciones de la vida peruana a través de Colonia, Independencia y República.

El Palacio de Gobierno ocupa el costado lateral a la iglesia. Es el mismo que trazó Pizarro, señaló para residencia de gobernantes del Perú y donde él mismo cayó asesinado en 1541. En el centro del jardín cercano al comedor

de cristales se ve aún el tronco de la encina que sembró Pizarro. Hoy es la residencia oficial del Presidente de la República y está adornado con antiguos y valiosos muebles y alhajas coloniales.

Los portales contruidos en 1693, llamados de *Botoneros* y *Escribanos*, completan el marco de la plaza. Bajo esos portales se ha deslizado la intensa vida colonial y social de Lima. Las *tapadas* que significaron una acentuada costumbre de esa ciudad, solían salir por allí a *dar un verde*, y dejaron como envueltas en una leyenda de curiosidad tan típicas construcciones coloniales.

El Marqués de Torre-Tagle levantó el palacio de su nombre; es la más interesante y rica construcción colonial y allí se halla el Ministerio de Relaciones Exteriores. La regia obra de madera; la tarima de azulejos sevillanos que rodea los corredores del patio principal; los zócalos cubiertos con igual adorno y que le dan tan singular aspecto; los pesados y amplios balcones con discretas celosías, todo hace de aquella mansión un verdadero tesoro de arquitectura hispano-americana. Impresión y recuerdo imborrables deja el contraste y la originalidad que presenta una fiesta en Torre-Tagle: personas, trajes y costumbres del más refinado modernismo tienen por escenario salones, muebles y ambiente de sabor antiguo y colonial.

La Alameda de los Descalzos, fundada en 1611, fue por muchos años el paseo principal de Lima. Hoy ocupa un lugar secundario no obstante los jardines, estatuas de mármol y jarrones de flores que se levantan sobre columnas de piedra en toda su extensión. Don Ricardo Palma nos la describe así: «Calles de sauces plantados sin simetría; algunos toscos bancos de adobe y una pila de bronce al costado del conventillo de Santa Liberata, constituían la Alameda que, sin embargo de su pobreza, era el sitio más poético de Lima. Contemplábanse desde él las

pintorescas lomas de Amancaes; el empinado San Cristóbal cuya forma hizo presumir que encerrase en su seno un volcán, y el pequeño cerro de las Ramas donde contaban las buenas gentes que solía aparecerse el diablo». «Y en el fondo de la Alameda, como invitando al espíritu a la contemplación religiosa, severo en la sencilla arquitectura de su fachada y misterioso como el dedo de Dios, se destaca el templo de la Recolectión de los misioneros descalzos, fundada en 1592 por el hermano lego Fray Andrés Corzo». Recorriendo aquella Alameda parece que aún se oye bajo los árboles vetustos que la adornan el ruido de las famosas calesas en que ostentaban su elegancia las antiguas limeñas. A pesar de las cédulas de Felipe II en contra del uso de carruajes en América, por no alcanzar los caballos sino para el servicio militar, ya para tiempo del Virrey Amat existían más de mil vehículos en Lima que daban realce y esplendor a la Alameda. Aquella vía de lujo terminaba, como para recordar las realidades de la vida, en la caritativa institución del Padre Corzo, que a la puerta del convento repartía alimentos a cualquiera que se acercase a pedirlos. Los vientos del progreso y de la moda han empujado a otros lados las elegancias de Lima, pero persiste aún, como obra inspirada en la caridad, la limosna que a toda persona se da desde hace casi cuatro siglos en aquellos apartados lugares.

La Alameda tiene también un recuerdo especial de los días de Bolívar: allí se sirvió el 1.º de septiembre 1826 el colosal banquete popular con que se obsequió al Libertador cuando la ciudad le pedía que no abandonase al Perú para venir a Colombia, donde dolorosos presagios de ruina exigían la presencia del Padre de la Patria.

Largo sería describir los tesoros que conservan el convento y la iglesia de San Francisco, fundada en 1535. El templo es grandioso por su arquitectura, la maravillosa portada de piedra y las obras de arte que conserva. El

convento es un verdadero museo: los zócalos de los corredores altos y bajos son de azulejos españoles que representan imágenes y emblemas religiosos y guardan leyendas relativas a la construcción del edificio. Los artesanados de madera y algunos detalles del estilo mudéjar, hacen de aquel sitio algo verdaderamente artístico que instituciones y sabios extranjeros se ocupan en estudiar con detención. El amplio patio es un frondoso parque con pilas de agua que refrescan la atmósfera y sobre los árboles y palmas se levantan enormes macetones de *jacarandá* que ponen un toque morado fuerte sobre aquel ambiente de religiosidad y de arte. El Padre Fray Francisco Cheisman Salinas, erudito y discreto, cuya figura fue tan interesante y tan simpática en el Congreso Panamericano, hizo imborrable con su relato lleno de ciencia y de bondad, el recuerdo de nuestra visita a su convento el 31 de diciembre de 1924.

O'Leary refiere en sus *Memorias* que Bolívar «tenía en La Magdalena más influencia y poder más absoluto en todo el continente, que el monarca más prestigioso de Europa en sus dominios». Residía allí el Libertador «cuando se hallaba *hechizado* en el Perú», según el historiador Restrepo, y como dice Hispano, Bolívar «cargado de laureles, glorioso, poderoso, endiosado como héroe alguno se vio jamás, abandonó el estrépito de los combates y de las armas, descinó por primera vez la formidable espada, y apurando hasta las heces los hechizantes filtros de todas las delicias humanas, se adormeció, nuevo Reinaldo, en las floridas márgenes del Rimac

entre sedas y aromas arrullado».

Cómo no peregrinar hasta aquel sitio a contemplar esos patios y esos árboles, esos aposentos testigos de aquellos días tan intensos para Bolívar, y cómo no medi-

tar y repasar las páginas de nuestra historia que relatan esas horas de tanta influencia en los destinos de Colombia! «El ejército libertador y su ilustre caudillo, como dice Restrepo, hallaron a Capua en la deleitosa capital del Perú». La Magdalena está hoy dignamente ocupada por el Museo Bolivariano, cuyos tesoros y reliquias sería interminable relatar.

Lima es aún más famosa, no sólo por tantos hechos brillantes y tantos hombres grandes como han nacido allí, sino por ser la ciudad de América que ha dado más santos a la Iglesia católica: Santa Rosa, Santo Toribio, San Francisco Solano, el beato Fray Martín de Porras. Pocos momentos tan llenos de emoción, en especial si se pasan en compañía de Monseñor Carrasquilla, como nos cupo en suerte pasarlos, como los que se emplean en recorrer el sitio donde don Gaspar Flórez edificó una humilde vivienda en 1581 y donde nació el 30 de abril de 1586 su hija Isabel, quien debía venir a ser Santa Rosa de Lima, patrona de América, canonizada por Clemente X en 1671. Allí se contemplan los jardines y celdas donde pasó la Santa su vida de penitencia y de milagros; están señalados los sitios que ocupaba; los objetos de su uso; las imágenes que adoraba; los suplicios que se aplicaba; el punto donde brotó el rosal milagroso. Aún no se levanta allí la gran basílica que se ha proyectado y que el Continente debe consagrar para cubrir esos sitios bendecidos y para adorar a la Patrona de América.

Una visita a aquellos rincones de Lima, cargados de historia y de arte, deja para todos los momentos de la vida, un recuerdo tan alto y tan brillante como los nevados picos de los Andes peruanos.

NICOLÁS GARCÍA SAMUDIO